





Ludwig van
Beethoven





Ludwig van
Beethoven

Bernard Fauconnier



Fauconnier, Bernard

Ludwig van Beethoven. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires. : El Ateneo, 2014.
272 p. ; 23x16 cm.

Traducido por: Silvia Kot
ISBN 978-950-02-0823-9

1. Beethoven, Ludwig van. Biografía. I. Kot, Silvia, trad. II. Título
CDD 927

Ludwig van Beethoven

Bernard Fauconnier

Título original: *Beethoven*

© Editions Gallimard 2010

Traductora: Silvia Kot

Diseño de tapa: Eduardo Ruiz

Derechos exclusivos de edición en castellano para América latina y los EE. UU.
Prohibida la venta en España

© Grupo ILHSA S. A. para su sello Editorial El Ateneo, 2014

Patagones 2463 - (C1282ACA) Buenos Aires - Argentina

Tel: (54 11) 4943 8200 - Fax: (54 11) 4308 4199

E-mail: editorial@elateneo.com

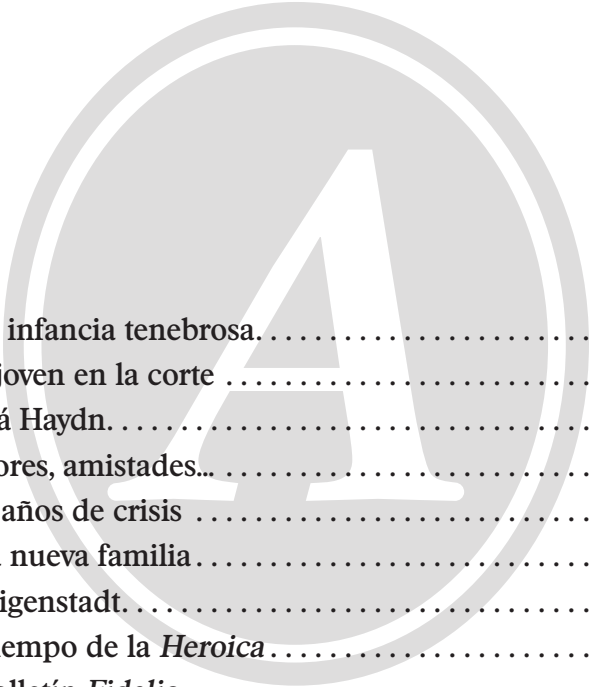
1ª edición: octubre de 2014

ISBN 978-950-02-0823-9

Impreso en El Ateneo Grupo Impresor S. A.,
Comandante Spurr 631, Avellaneda,
provincia de Buenos Aires,
en octubre de 2014.

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723.
Libro de edición argentina.

Índice



1. Una infancia tenebrosa.....	II
2. Un joven en la corte	29
3. Papá Haydn.	43
4. Amores, amistades... ..	63
5. Los años de crisis	75
6. Una nueva familia	87
7. Heiligenstadt.....	97
8. El tiempo de la <i>Heroica</i>	III
9. El folletín <i>Fidelio</i>	I23
10. Rupturas	I35
11. Una apoteosis	I49
12. Días de guerra	I57
13. Bettina y Goethe.....	I63
14. La Amada Inmortal.....	I75
15. Depresión	I89
16. Karl.....	I97

17. Una misa por la humanidad 211
18. La *Novena Sinfonía*..... 229
19. Cantos del cisne..... 243
20. Matar al padre 253
21. Último combate 259

Cronología 267





Para Aurélie



Una infancia tenebrosa

El personaje de Ludwig van Beethoven parece desmentir absolutamente los supuestos determinismos de la genética y las leyes de la herencia. Este hijo de un cantor de iglesia alcohólico y violento y una madre tuberculosa, acompañado por hermanos ineptos y a veces dañinos, y más tarde por un sobrino bastante decepcionante, según sus criterios exigentes hasta la tiranía, este hombre desgarrado de carácter indomable, tenía en realidad una sola alternativa para escapar a las taras de su ambiente: ser un genio.

La época era propicia. El romanticismo surgido de la Ilustración y de la Revolución francesa se apropió de la palabra para su propio uso: genio y héroe era todo uno. Beethoven supo muy pronto dónde estaba su oportunidad. Sus dones eran impresionantes, su voluntad, inquebrantable. Desde muy joven, creyó en su destino, como los héroes de Schiller y

Goethe, como los “grandes hombres” cuyos modelos tomó de las *Vidas* de Plutarco.

Las condiciones en las que aprendió música habrían podido hacer que la rechazara para siempre: el papel de mono sabio, de niño prodigio, que su padre quería hacerle desempeñar, tras las huellas de Mozart, pudo ser la mejor manera de cortarle las alas, si él no hubiera sabido afirmar, por la fuerza de su voluntad y la confluencia de circunstancias felices, su temple excepcional y su poderosa personalidad, extraña mezcla de brutalidad y melancolía, de delicadeza sensible y ambición desmesurada.

Beethoven no podía vivir fuera del deseo devorador de crear, de ofrecerles a los hombres, a sí mismo, a sus ideales de libertad, quizás incluso a su idea muy personal de Dios, una obra inaudita, novedosa, que sorprendiera y conmocionara. Fue uno de esos escasos artistas, tan esenciales, que no devuelven su disciplina en el estado en que la encontraron. En música, hay un antes y un después de Beethoven, como en pintura hay un antes y un después de Cézanne. El joven compositor siguió todavía las huellas de Mozart y de Haydn, uno de sus padres espirituales. El hombre maduro cambió completamente: impuso composiciones de una audacia y una potencia que a veces chocaban a sus contemporáneos y lo alejaban de su público, aunque su popularidad permaneció intacta. El “último Beethoven” dejó obras testamentarias de una profundidad asombrosa, inagotable, que prepararon, anunciaron, señalaron el camino de la música para los dos siglos siguientes. Porque todavía no hemos agotado a Beethoven, ni en su vida, a veces

enigmática, ni en su obra, visionaria, profética, y sin embargo, tan cercana a nosotros.

Ludwig van Beethoven nació en Bonn, en el número 515 de la Bonngasse, el 17 de diciembre de 1770.

Bonn era la capital de los príncipes electores de Colonia, que tenían funciones al mismo tiempo eclesiásticas y seculares. En ese momento, Alemania era un país sin cohesión política, dividido en una multitud de pequeños Estados. Bonn dependía de Viena, sede del Sacro Imperio Romano Germánico y residencia de los Habsburgo. Era una pequeña ciudad de unos doce mil habitantes, situada a orillas del Rin. No tenía industrias, sino artesanos, funcionarios y cortesanos del príncipe elector: la provincia, suave, secreta, mostraba una naturaleza armoniosa, cuya belleza marcaría a Ludwig. Ese pequeño Estado estaba dirigido por Maximiliano Federico, un príncipe abierto a las ideas nuevas de la Ilustración. Como lo señaló el barón Caspar Riesbeck:

El actual gobierno del arzobispado de Colonia y del obispado de Munster es sin duda alguna el más ilustrado y activo de todos los gobiernos eclesiásticos de Alemania. El ministerio de la corte de Bonn es de los mejores. Crear excelentes establecimientos educativos, estimular la agricultura y la industria, y extirpar toda clase de monasterios: estas fueron las más notables acciones llevadas a cabo por el gabinete de Bonn.

En esa pequeña ciudad, las ideas de la *Aufklärung*, la Ilustración, fueron recibidas con beneplácito, y las artes, sobre todo el teatro y la ópera, gozaban de un favor particular. A pesar de un ambiente familiar poco propicio, toda la infancia de Beethoven estuvo impregnada de este clima liberal e ilustrado: en él se basarían sus ideales estéticos y humanos. Los hombres son hijos de su época, más que de sus padres.

El abuelo de Beethoven, también llamado Ludwig, se había radicado en Bonn en 1734, proveniente de Flandes. Estudió música en Malinas, luego permaneció un tiempo en Lovaina y Lieja, y finalmente fue contratado en la corte electoral de Bonn y se casó con Maria Josepha Poll. El apellido Beethoven, de una sonoridad grandiosa y sombría, asociado para siempre a algunas de las más bellas páginas musicales jamás escritas, significa, en flamenco, “campo de remolachas”. ¿Y cómo se pronuncia? Los plebeyos y los bromistas decían “Betove”. Algunos presuntos sabihondos alargaban la “o” y suprimían la “e” final: esto producía algo parecido a “Beethooov’n”. Flaubert, en su *Diccionario de lugares comunes*, desaconsejaba, en todo caso, pronunciarlo “Bitovan”.

A veces, el talento pasa por alto una generación. El viejo Ludwig era un hombre notable, unánimemente respetado en Bonn. Era el alma de la vida musical de la ciudad y manejaba con prudencia los negocios: un pequeño comercio de vino que complementaba con creces su magro sueldo como músico de la corte. Tuvo tres hijos con Maria Josepha, de los que solo uno sobrevivió: Johann, el padre de Ludwig. Se sabe que el pequeño Ludwig estaba profundamente apegado a la memoria de

ese abuelo que había muerto cuando él tenía apenas tres años. Wegeler, el mejor amigo de Ludwig y su primer biógrafo fidedigno, escribió:

Esa impresión temprana que había recibido siempre permaneció viva en él. Solía hablarles a sus amigos de infancia de su abuelo. [...] El abuelo era un hombre bajo, robusto, con ojos muy vivaces. Era muy apreciado como artista.

En cuanto a Johann... Pocos padres de “grandes hombres” tienen una reputación tan execrable como ese músico sin talento, ese progenitor al que se describe a menudo como un monstruo o, en todo caso, como un borracho irresponsable: esto parece haber sido cierto. Tenía a quién salir: la propia madre de Johann, Maria Josepha, había sido una notoria alcohólica y murió encerrada en una clínica psiquiátrica de Colonia, víctima de violentos ataques de delirium trémens. Johann fue formado en la música por su padre. En 1767, a pesar de la feroz oposición del viejo Ludwig, se casó con Maria Magdalena Keverich, hija de un chef del elector de Tréveris, que, a los veinte años, ya era viuda de un ayuda de cámara del mismo elector, con quien se había casado a los dieciséis. Ludwig estaba furioso: ¡la hija de un cocinero! ¡Qué vergüenza! Johann se empeñó: esa fue, sin duda, una de las pocas manifestaciones de voluntad de una vida que lamentablemente se destruiría en permanentes borracheras en las tabernas. Ludwig se negó a asistir a la boda. Pero, como tenía buen corazón, le dio una tardía bendición a la joven pareja.

Maria Magdalena era una persona amable, dulce, generosa, paciente, muy melancólica. Algunos testimonios afirman que también podía tener mal carácter y dejarse llevar con facilidad. A menudo, sus palabras estaban teñidas de amargura. En una carta a su amiga Cecilia Fischer, por ejemplo, defendió el celibato, como garantía de una vida tranquila, agradable y cómoda. Y dijo que, a su juicio, el matrimonio proporcionaba, en cambio, pocas alegrías y muchos sinsabores.

Esta oscura ascendencia de Beethoven hizo surgir sospechas sobre la identidad de su padre. “De tal palo, tal astilla”, dice el proverbio. ¿Era posible que semejante genio hubiera sido engendrado por padres tan mediocres? Más tarde, cuando Beethoven fue famoso, corrió el rumor de que podía ser hijo natural del rey de Prusia, Federico II, que, como se sabe, fue un gran aficionado a la música. Pero habría que preguntarse, en ese caso, qué milagro podía haber hecho que el rey de Prusia se detuviera un día en Bonn para fecundar a la dulce y modesta Maria Magdalena. Así se construyen las leyendas. Al parecer, Beethoven siempre contestaba a esas insinuaciones en forma evasiva, como si se sintiera halagado de que le atribuyeran un origen real, aunque el demócrata que había en él se sublevaba. Pocos meses antes de morir, el 7 de octubre de 1826, le envió a su amigo Wegeler estas líneas por lo menos ambiguas:

Me escribes que en algunos lugares me representan como el hijo natural del fallecido rey de Prusia. Ya me lo habían dicho hace mucho tiempo. Yo me propuse no escribir nunca

nada sobre mí, ni siquiera para responder a lo que se ha escrito sobre mi persona.

Johann y Maria Magdalena tuvieron siete hijos. Tres llegaron a la edad adulta. Ludwig fue el segundo hijo de la pareja. El primero había muerto el año anterior, cuando tenía apenas cuatro días. También se llamaba Ludwig. ¿Habría tenido Beethoven la impresión, durante su infancia, de ser el “reemplazante” de un hermano muerto? Se sabe que una situación como esa puede causar graves problemas afectivos.

Hay pocos detalles sobre su infancia. La imagen más constante, corroborada por algunos testimonios, especialmente el del panadero Fischer, es la de un muchacho turbulento, desaliñado, que jugaba a orillas del Rin o en los jardines del castillo de Bonn con sus hermanos, bajo la distraída vigilancia de alguna criada. Ludwig fue poco a la escuela, pues su padre opinaba que allí no aprendía nada: tenía otras ambiciones para su hijo. Toda su vida, Ludwig conservó las secuelas de esa educación imperfecta y muy incompleta: una ortografía deficiente y una aritmética trabajosa que apenas superaba la capacidad de sumar... Sabía suficiente latín como para entender los textos sobre los que compuso música, y su conocimiento del francés progresó con el correr de los años hasta un nivel aceptable, a pesar de que su sintaxis nunca llegó a ser del todo correcta. Se impone entonces una pregunta: ¿cómo es posible que ese hombre tan poco versado en matemática llegara a adquirir semejante dominio de un arte tan matemático como la música? La fuerza técnica y la inspiración de Beethoven en

sus composiciones nunca se vieron obstaculizadas por las presiones de la gramática musical ni sometidas a los imperativos de las reglas clásicas. A lo largo de toda su vida, trabajó continuamente para profundizar la ciencia de su arte, pero siempre según las necesidades dictadas por sus proyectos.

Desde hacía dos generaciones, los Beethoven vivían de sus actividades musicales. Después de aprender música con su padre, Johann completó su formación de cantante en la capilla electoral. Fue músico de la corte a los dieciséis años, pero como su talento no estaba a la altura del de su padre, no lo eligieron para sucederlo como maestro de capilla: esta frustración inicial lo encerró en su personaje de fracasado y lo llevó a la bebida.

Desde los tres o cuatro años, Ludwig fue obligado por su padre a sentarse al piano para comenzar su aprendizaje. Estaban de moda los niños prodigio. La fama de Mozart, cuya gloria juvenil había deslumbrado a Europa algunos años atrás, produjo varios émulos, también porque un niño prodigio podía ser una garantía de sustanciales ingresos para su familia. El propio Johann había sido presentado en su infancia por su padre en conciertos públicos, con escaso éxito. Johann descubrió muy pronto en su hijo mayor dones extraordinarios y una gran pasión por la música y los instrumentos. Por eso, decidió acelerar su aprendizaje, pero lo trataba con mucha dureza. Johann tenía la mano pesada, sobre todo cuando decidía ocuparse de su hijo al salir de la taberna, donde se embriagaba cada vez con mayor frecuencia. Así fue la infancia de Ludwig: una mezcla de fascinación por la música y brutalidad paterna. Al contrario de Leopold Mozart, Johann no era un buen

pedagogo. El alcohol y la codicia lo convertían en un profesor de música irascible e impaciente. Pero la idea de exhibir a su hijo en público era tan fuerte que lo llevó incluso a falsificar la fecha de nacimiento de Ludwig, haciéndolo dos años menor. Durante mucho tiempo, el compositor estuvo convencido de que había nacido en 1772, y no en 1770...

Johann hizo tocar a su hijo en algunas oportunidades frente a la corte electoral de Bonn, que solía frecuentar a pesar de su mala fama. Más tarde, en 1778, decidió emprender la aventura de la “gran ciudad”, Colonia. Ha subsistido un documento sobre ese acontecimiento que fue sin duda la primera aparición pública del niño:

Aviso

Hoy, 26 de marzo de 1778, en la Sala de las Academias Musicales, en la Sternengasse, el *Hoftenorist* de la corte del elector de Colonia, Beethoven, tendrá el honor de presentar a dos de sus alumnos: la señorita Averdonc, violista de la corte, y su pequeño hijo de seis años. Ellos tendrán el honor de presentarse, la primera con algunas bonitas melodías y el segundo con diferentes conciertos para piano y tríos, en los que está seguro de que toda la alta asistencia encontrará un placer completo, sobre todo porque los dos han tenido el honor de hacerse oír por toda la corte con el mayor placer.

Esta presentación debe de haber sido un fracaso, ya que fue la única. Por esta razón, Johann decidió que otros se encargaran de la educación musical de Ludwig: un resto de lucidez

le permitió medir sus limitaciones. Así fue como, en 1779, un extraño personaje entró en la vida del pequeño Ludwig.

Se llamaba Tobias Pfeiffer, un músico ambulante que recorría Alemania ofreciendo sus talentos a las cortes o a particulares pudientes. Era clavecinista y oboísta, y depositó durante un tiempo sus pobres maletas en Bonn, donde fue contratado como músico de la orquesta. Este artista vagabundo, que parecía salido de los cuentos de Hoffmann, era, pues, colega de Johann. Los dos hombres se hicieron amigos, hasta el punto de que Johann van Beethoven invitó a Pfeiffer a alojarse en su casa. Era un buen compañero de taberna, ya que Tobias sabía valorar los vinos del Rin. También descubrió la excepcional capacidad musical de Ludwig. Competente y hábil pedagogo, se convirtió en su maestro. Un maestro poco académico, de humor variable, y a menudo ebrio también él, como lo muestra este testimonio del violonchelista Mäurer:

A Pfeiffer [...] le pidieron que le diera clases a Ludwig. Pero no tenían horas fijas para ello. A menudo, cuando Pfeiffer había bebido en alguna taberna con el padre de Beethoven hasta las once o las doce de la noche, volvía con él a su casa, donde Ludwig estaba acostado y dormía. El padre lo sacudía violentamente, el niño se levantaba llorando, se sentaba al piano y Pfeiffer se quedaba sentado junto a él hasta la madrugada, porque reconocía su talento extraordinario.

Las clases de Pfeiffer duraron solo algunos meses. El músico bohemio se fue de Bonn y desapareció de la vida de Ludwig

en 1780. Fue reemplazado por otros maestros. Sus estudios fueron azarosos, caóticos y poco continuos. Sin embargo, sobre esa frágil base empezó a desarrollarse el genio musical de aquel niño taciturno, tímido, brutal, descuidado en su manera de vestir hasta el punto de que sus compañeros de escuela creían que era huérfano de madre, y que no dejó ninguna impresión memorable en sus jóvenes condiscípulos.

Un viejo organista, Egidius van den Eeden, comenzó a encargarse de su educación musical, pero murió dos años más tarde. Luego, Ludwig tomó clases de violín, durante algunos meses, con un primo lejano, Franz Rovantini. Una educación extraña, desordenada, que no se ajustaba a las costumbres pedagógicas de la época. Pero cuando sabemos qué hizo el compositor más tarde con ese instrumento en sus sonatas o conocemos su sublime *Concierto para violín...*

A fines del año 1781, Ludwig emprendió con su madre una “gira de virtuosismo” por Holanda. Era invierno. Madre e hijo bajaron por el Rin con un frío glacial. La madre de Ludwig contó incluso, según un testigo, que en ese viaje el frío era tan intenso que debió calentar los pies de su pequeño hijo en su regazo para que no se congelaran. Fue un viaje complicado y con resultados inciertos. Los holandeses no se mostraron muy dispuestos a gastar su dinero para gratificar al joven prodigio. “Unos tacaños”, diría Ludwig, que siempre se negó a volver a ese país, del que procedían sus antepasados.

El repertorio musical de la corte electoral, tanto para los servicios religiosos como para los conciertos y las óperas, era rico y variado. La música religiosa conservaba su carácter

tradicional e incluía tanto obras antiguas como composiciones contemporáneas. En la biblioteca había una buena colección de misas de autores de principios de siglo, como Antonio Caldara o Georg Reutter, y también composiciones de Joseph Haydn y de Johann Albrechtsberger, glorias vienesas del momento: estos últimos serían luego profesores de Beethoven en Viena. En música instrumental, Bonn, que se encontraba en una ubicación ideal entre Alemania, Francia y Holanda, recibía de toda Europa material musical de calidad. Los nombres, un poco olvidados en la actualidad, de Eichner, Holzbauer, Johann Stamitz, eran familiares para el público culto de Bonn, así como los de los austríacos Dittersdorf, Haydn, Vanhal, o los franceses Gambini o Gossec. En la ópera, se representaban, traducidas al alemán, obras de Cimarosa o Salieri, mientras que el teatro de la corte ofrecía piezas de Molière, Goldoni, Voltaire y Shakespeare, junto con las de Lessing o Schiller.

En ese crisol musical y cultural, el talento aún virgen del pequeño Beethoven necesitaba un mentor, un guía respetado que le mostrara el camino. Su educación musical decisiva comenzó al año siguiente, en 1782. Tenía doce años. El nuevo organista de la corte, Christian Gottlieb Neefe, se interesó por el joven, en quien adivinó de inmediato un futuro prometededor. Neefe era un músico apasionado, aunque no demasiado competente técnicamente, y también un hombre cultivado, que supo transmitirle a Ludwig un poco de su gusto por las bellezas literarias y la poesía. Neefe desarrolló una teoría original: los fenómenos musicales estaban estrechamente vinculados a la vida psicológica y debían tomarla como base. Él

supo encauzar la impetuosidad de Ludwig y se mostró como un profesor exigente: le dio a estudiar *El clave bien temperado* de Bach, así como las sonatas de su hijo Carl Philipp Emanuel Bach, escuela de rigor y ciencia en el arte de la fuga y el contrapunto.

Neeffe también era director de orquesta del teatro de la corte. Le encontró a su alumno un empleo modesto, pero útil, de acompañante en el clavecín durante los ensayos. Esto le permitió a Ludwig familiarizarse con el repertorio y enriquecer su cultura musical y teatral. Así fue como conoció las obras de Shakespeare *Otelo*, *Ricardo III*, *El rey Lear*, y las del joven Schiller, de quien representaban *Los bandidos*. Estos dos poetas fueron durante toda su vida el alfa y el omega de sus pasiones literarias: eligió la *Oda a la alegría* de Schiller para el final de su *Novena Sinfonía*.

Ese mismo año de 1782, se produjo otro encuentro decisivo: Ludwig conoció a Franz Gerhard Wegeler. Este tenía diecisiete años, estudiaba medicina y luego la ejerció con pasión. Fue profesor en la Universidad de Bonn a los veinticinco años, decano de la facultad a los veintiocho y rector a los treinta. Y, para Beethoven, el amigo más constante y fiel a lo largo de los años, hasta el final de su vida. Existen valiosos testimonios de Wegeler sobre Beethoven en las diferentes épocas de su trayectoria creadora. Wegeler vio al joven Ludwig por primera vez desde la ventana de la casa de uno de sus amigos. Quizá sintió piedad por ese joven del que ya se hablaban maravillas, pues sabía de su sufrimiento en el seno de una familia tosca y brutal. Gracias a Wegeler, Beethoven encontró un segundo hogar,

en cuyo ambiente cálido y culto pudo desarrollar armoniosamente sus dones excepcionales.

Se trataba de la familia Breuning. Wegeler le describió, quizás idealizándolas un poco, a esas personas de buena posición económica, evolucionadas y apasionadamente interesadas en las cosas del espíritu y del arte:

[La familia] estaba compuesta por la madre, viuda del consejero áulico electoral von Breuning, tres hijos, más o menos de la edad de Beethoven, y una hija. El hijo menor y su hermana tomaron clases con Beethoven. [...] En esa casa reinaba, con toda la vivacidad de la juventud, un tono de buena educación sin rigidez. Christoph von Breuning escribía desde muy joven pequeñas poesías; Stephan von Breuning lo imitó mucho más tarde, con cierto éxito. Los amigos de la casa se distinguían por una conversación que unía lo útil con lo agradable. Agreguemos a esto que, en esa familia, reinaba también una gran holgura, sobre todo antes de la guerra. Se comprenderá fácilmente que Beethoven haya experimentado allí las primeras y alegres sensaciones de la juventud.

De inmediato, fue tratado como un hijo de la casa. No solo pasaba allí la mayor parte del día, sino incluso a veces la noche. Allí se sentía libre, se movía con facilidad. Todo contribuía a concordar alegremente con él y a desarrollar su espíritu. [...] Yo era cinco años mayor que él, y podía observarlo y apreciarlo. La señora von Breuning, la madre, tenía una gran influencia sobre este joven a menudo obstinado y huraño.

¿Sentía el muy joven Ludwig por esa dama acogedora y alegre algo más que un cariño filial? Tenía doce años. La rudeza de su vida familiar y la violencia de su padre lo habían hecho madurar. Empezaba a experimentar las primeras emociones del deseo y de una vida amorosa que sería durante mucho tiempo, y aún hoy, uno de los misterios de su vida. ¿Beethoven, el eterno enamorado de mujeres inaccesibles, casadas, ya comprometidas o insensibles a sus avances, porque lo consideraban demasiado feo, demasiado ordinario, incómodo en todos los sentidos? ¿Repetición hasta el cansancio de un esquema original, marcado por lo prohibido? Es una hipótesis. El síndrome de repetición es una figura habitual de la vida psíquica. ¿Las elecciones deliberadamente imposibles y destinadas al fracaso salvaguardaban su libertad de creador y su modo de vida bastante desordenado? ¿Había acaso una idealización del otro sexo para disimular, con la falta de consumación, pulsiones homosexuales, inconfesables en aquella época? No hay absolutamente nada que lo demuestre, ni en los documentos, ni en lo que sabemos de su vida.

Mientras tanto, Ludwig recibía las lecciones de Neefe, que lo convirtió en su asistente privilegiado y alentó sus primeros intentos como compositor. Fue así como, a comienzos de 1783, apareció la primera obra conocida de Beethoven: nueve variaciones para clavecín en do menor, sobre una marcha de Dressler. Neefe le hizo una elocuente publicidad a esta obra, destacando además que “este joven genio merece ser apoyado y debe poder viajar. Se convertirá sin duda en un segundo Wolfgang Amadeus Mozart si continúa como ha empezado”.

Aunque la obra aún parecía un ejercicio escolar, mostraba temperamento e incluso una potencia real en un niño de doce años. Su ejecución requería una destreza que permitía vislumbrar desde esa edad el nivel alcanzado por Beethoven en el piano.

En el otoño del mismo año, aparecieron tres sonatas para teclado, dedicadas al elector de Bonn, Maximiliano Federico, acompañadas por una carta a Su Alteza Serenísima que, dado su estilo obsequioso y grandilocuente, quizá no haya sido escrita por Beethoven: “Mi musa lo quiso; yo obedecí y escribí. Y ¿puedo ahora, Alteza Serenísima, atreverme a depositar las primicias de mis jóvenes trabajos en los peldaños de su trono?”.

Johann se hundía cada vez más en el alcoholismo. Un informe administrativo sobre los músicos de la corte decía que su voz se perdía por completo. Neefe, agobiado de trabajo, necesitaba un auxiliar. En febrero de 1784, Ludwig le presentó una solicitud a Maximiliano Federico para ocupar el cargo de organista adjunto, remunerado, pues hasta ese momento había ejercido sus funciones sin recibir pago alguno. El elector no se dignó responder. Pero algunas semanas más tarde, en abril, tuvo la buena idea de morirse.

Lo reemplazó el archiduque Maximiliano Francisco de Habsburgo, hermano del emperador José II. Era un joven regordete, de veintiocho años. Su glotonería era ya legendaria: llegó a ser monstruosamente obeso. Existen opiniones dispares sobre las cualidades del personaje. Una carta de Mozart nos lo presenta bajo luces contradictorias: brillante en su juventud, a

Maximiliano Francisco, al convertirse en sacerdote –porque el elector también cumplía funciones eclesiástica– “la estupidez le salía literalmente por los ojos –escribió Mozart–, el cuello hinchado, y hablando sin cesar con una voz de falsete”. En realidad, era un liberal, abierto a las ideas de la Ilustración y amante de la música. Apasionado por la ciencia, hizo instalar en Bonn una biblioteca pública y un jardín botánico. Tocaba la viola. Incluso había pensado ofrecerle a Mozart, a quien frecuentaba en Viena, el puesto de maestro de capilla. Este proyecto no se realizó, quizá porque Mozart no quería enterrarse en una ciudad de provincia.

La situación de Beethoven empezó a evolucionar en forma favorable: en junio, fue nombrado organista adjunto, con un salario de 150 florines anuales, mientras a Johann le rebajaban 15 florines de su asignación. Ahora Ludwig debía asumir las cargas de la familia en el lugar del padre en decadencia.